

Domingo 4º. Tiempo Ordinario. Año A

Lectio divina sobre Mt 5,1-12a

Con las bienaventuranzas Mateo inicia el sermón de la montaña: Jesús proclama el reino de Dios por vez primera y lo abre con una promesa repetida de felicidad. La versión mateana (Mt 5,1-12) está más elaborada que la de Lucas (Lc 6,20-26) y, quizá, es menos próxima al original. Pero en ella resuena con no menor fuerza un elemento típico de la predicación de Jesús, central en su evangelio: la *paradoja*. La felicidad se anuncia para quien todavía está en situación desgraciada y está fundamentada en una opción futura de Dios; cuantos todavía no se han visto libres de su indignidad tienen ya a todo un Dios comprometido con su felicidad. La enumeración de las situaciones sin aparente gracia ni salida no es tan importante como la repetida proclamación de su bienaventuranza: para ser feliz, anuncia Jesús, no es necesario salir del estado de necesidad; basta con saber que Dios se ha declarado ya a nuestro favor; la mejor garantía de que nuestra suerte cambiará un día está en que Dios ya ha optado por quien lo necesita. Sólo un Dios semejante puede hacer feliz, por más cosas que nos falten.

¹²En aquel tiempo, ¹al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; ²y él se puso a hablar, enseñándoles:

³«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

⁴Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.

⁵Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.

⁶Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

⁷Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

⁸Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

⁹Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios.

¹⁰Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

¹¹Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. ¹²Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.»

I. LEER: entender *lo que dice* el texto fijándose en *como lo dice*

Aunque Mateo ya ha presentado el contenido esencial del evangelio de Jesús (Mt 4,17), no lo ha hecho aún predicar a las gentes. El “sermón de la montaña” (Mt 5,1-7,29) es el primero de los cinco grandes discursos que su evangelio ofrecerá. Es, pues, el discurso inaugural, donde se exponen las – duras – exigencias del reino que está por llegar, un programático.

El pasaje evangélico es el inicio de este ‘discurso del reino’. Su estructura es obvia: una pequeña indicación narrativa enmarca el discurso, que se abre con una ‘colección’ de bienaventuranzas. A Mateo le suele gustar redactar utilizando esquemas fijos, repeticiones de palabras y paralelismos. Si la impresión que suscita es de monotonía, tiene la ventaja de dejar más claro el pensamiento. El texto de las bienaventuranzas es un buen ejemplo.

En el marco narrativo se nos presentan lugar y personajes. Jesús tiene como destinatarios tanto al pueblo que se agolpa en torno a él, como a sus discípulos que se le acercan. Normalmente se fija la atención en la montaña, ‘cátedra’ del maestro, pero no hay que pasar por alto dos detalles en la introducción narrativa: Jesús empieza a hablar “cuando ve” a la gente; los discípulos se le acercan, cuando él empieza a hablar. Jesús habla del reino de Dios porque ha visto a la gente necesitada de él (Mt 4,23-25); los que ya le siguen tendrán, para escucharle, que estarle lo más cerca posible. Tampoco es indiferente que el discurso se abre con una serie de bienaventuranzas: la repetición – ¡nueve veces! – de la palabra ‘dichosos’ es relevante. La última bienaventuranza (Mt 5,11-12) se distingue de las anteriores (Mt 5,3-10): es más larga, tiene a los oyentes como destinatarios, y es muy sombría. En cambio, las ocho primeras están formuladas con un esquema idéntico: se llama dichosos a quienes pasan por un estado real de necesidad, sean por escasez de bienes (las cuatro primeras), sea por su buena actuación (las otras cuatro).

En todos los casos, la felicidad es prometida a quien malvive, no porque la situación en la que se encuentra sea buena; en realidad, es mala o nada provechosa, sino porque será invertida en un futuro. Dicho con mayor claridad: el ‘pobre’, en todas las circunstancias aludidas, es – puede ser ya – dichoso, porque tiene a Dios de su parte y no permitirá que su pobreza le sobreviva. Por eso, es evangelio proclamar una felicidad que no se consigue por lo que uno hace o no es, sino porque Dios no dejará de hacer el bien a quienes ponen en Él su confianza. Tener a Dios – bien entendido, ¡siempre en el futuro! – en contra de mis males presentes ha de ser motivo suficiente para experimentarlos en una alegría que no depende del bienestar actual sino de la promesa divina.

La última bienaventuranza, la más desarrollada, es, además, la más paradójica: la situación a la que va vinculada la felicidad es de grave persecución; la alegría aquí es un mandato actual (uso del imperativo), ‘de obligado cumplimiento’ y su motivo, un prometida recompensa ‘en los cielos’.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Pocas afirmaciones de Jesús como las bienaventuranzas resultan hoy tan chocantes, tan alejadas de la realidad que a diario vivimos: ¿cómo puede llamar dichosos al pobre o al perseguido? ¿En qué se basa Jesús para considerar feliz a quien llora o padece hambre? ¿No es una ingenuidad, peor un sarcasmo, decir que los mansos poseerán la tierra o que los que sufren hoy serán consolados..., no sabemos cuándo? ¿Qué beneficio nos reporta hoy, en el mundo en que vivimos, conservar puro el corazón o ser misericordiosos? Y sin embargo, probablemente no hay otro texto en todo el evangelio que exponga con mayor radicalidad, y con menos disimulo, las leyes fundamentales del reino de Dios. No en vano fueron las bienaventuranzas las primeras palabras con las que Jesús abrió su personal proclamación del reinado de Dios.

Al parecer, Jesús estaba convencido de algo que, por desgracia, no es hoy convicción común ni siquiera entre nosotros, creyentes: Jesús pensaba – lo proclamó repetidas veces – que solo si es aceptado como soberano exclusivo por el hombre, Dios es capaz de hacer posible la dicha, incluso a quien no tiene razones para ella. El Dios que estaba por llegar exigía de quien lo esperase una felicidad tan real, tan fuerte, tan estupenda, que pudiera vivirse en cualquier situación humana, por desgraciada que ésta fuera. En la penuria económica o en la insignificancia social, en medio de calamidades o en el – ‘inútil’ - esfuerzo por traer la paz a la tierra, pensaba Jesús, es donde mejor se cumple la dicha que trae el Reino de Dios; porque allí donde nada hay que pueda producir, ni mucho menos mantener, nuestra alegría, allí sólo Dios la puede hacer posible: donde quede comprometida nuestra felicidad por la actuación del prójimo o por nuestra propia impotencia, allí mismo se ha comprometido Dios en hacernos felices. En el reino anunciado por Jesús serán los más necesitados los que antes, y de forma más evidente, notarán la presencia de Dios; quienes obtuvieron menos de la vida en la tierra, más podrán gozar de Dios en su reino. Precisamente por ello, los que hoy más penan, pueden vivir hoy, y con mayor razón, en la espera de su venida: conocerán la dicha únicamente cuando Dios reine sobre ellos.

Se equivocaría quien pensara que Jesús, en el monte de las bienaventuranzas, quiso consolar a las masas que le seguían y a los discípulos que le escuchaban de cerca, todos ellos gente sencilla y sufrida. Más que reconfortar a débiles, Jesús estaba proclamando a un Dios que se hace fuerte y presente venciendo el mal, allí donde lo encuentre. No estaba exhortando, evangelizaba; no hablaba a pobres y desvalidos, proclama a su Dios, valedor del pobre. Es, pues, Dios el contenido de las bienaventuranzas, un Dios paradójico, es verdad, pero digno de confianza, porque se declara a favor de quien no tiene quien le ayude. Ese es el Dios de Jesús. Y su anuncio, buena, excelente, noticia.

Y es que el pobre y el perseguido, el pacífico y el limpio de corazón, quien llora o sufre persecución no tienen más que a Dios para esperar un cambio de su suerte. El Dios de Jesús es su única salida, porque quiere ser su protector exclusivo. La simple noticia de que existe un Dios semejante, con planes concretos de instaurar su reino sobre cuantos más razones tienen para echarle en falta, porque viven sumergidos en la desgracia, tiene que llenar de alegría, por más sumergidos que estemos bajo la pena o la tristeza. Jesús se dedicó a predicar este Dios a cuantos más lo necesitaban. *Cuando se cuenta con un Dios empeñado en hacer posible la dicha de los suyos, sobran los sueños de dichas futuras y están de más los esfuerzos por conseguirlas.* Semejante Dios ha de hacer, por fuerza, felices a sus súbditos.

Nuestro problema, y nuestra oportunidad, está en dar crédito al anuncio de Jesús. De ello depende no ya ser discípulo atento de Jesús, sino el llegar a ser un alegre ciudadano del reino de Dios. Porque, o se equivoca Jesús que llama feliz al que sufre, o nos equivocamos cuantos ciframos la felicidad en la ausencia de penas... y de Dios. Hay que creerse, pues, que el *Dios de Jesús es un Dios que toma partido por el débil, que opta por el olvidado, que se acuerda del desvalido; quienes no pueden ni aspirar siquiera a defender sus derechos, encuentran en Él su apoyo y un motivo para no desesperar.* Y si lo esperan, serán protegidos por su poder; *saber que todo un Dios está comprometido con hacerlos dichosos los hace ya felices.* El Dios de Jesús es la única razón que tenemos para sentir gozo mientras nos duelen las penas.

Porque, y esto lo más curioso, a quienes Jesús proclama dichosos no son los mismos que nosotros tenemos por tales. La verdad es que no tienen mucha 'lógica' las promesas de Jesús; porque para nuestro gusto y según el común sentir, los hombres a los que Jesús promete dicha son unos desdichados; y, si aceptaran su situación sin rebelarse, unos fracasados. Jesús, en cambio, da por sentado que se puede ser feliz en medio de una situación penosa; y es que *la felicidad que él promete no es esa dicha que surge de la vida que se logra llevar ni de la suerte que se tiene en ella: el pobre no está contento con su suerte, pero tiene la suerte de que Dios tampoco lo está y ya está pensando en cambiársela;* llorar o padecer hambre, ser perseguido o manso no se corresponde con nuestra idea de felicidad; ni tampoco con la de Dios. Y precisamente por eso, está comprometido, lo ha declarado Jesús, a que esas situaciones no sobrevivan a quien las padece.

Con las bienaventuranzas Jesús no ha prometido la dicha a cualquiera; de hecho, no proclama dichosos a los que le estaban escuchando al pie del monte ni a cuantos le habían seguido más de cerca; no es por concederle alguna atención ni siquiera por serie discípulo por lo que uno puede aspirar a la felicidad que promete; la dicha que Dios traerá consigo, la consiguen sólo ciertas personas, aquéllas que, dada la desgracia que padecen o en atención al trabajo que por los demás realizan, logran llamar la atención de su Dios y ganarse sus atenciones. La 'otra' felicidad, la

que brota de la propia satisfacción y se alimenta a base de negársela a los demás, no tiene futuro, por más actual que sea; aunque esté hoy de moda, no tiene porvenir, porque no toma en serio al Dios de Jesús y porque descuida al pobre y al que sufre. Es decir, y lo dice Jesús desde la montaña, quien no acepta la pobreza o la persecución, el sufrimiento y el hambre, la paz como quehacer y la limpieza de corazón como tarea, no tendrá a Dios como porvenir un día. Y por esto, solo por esto, no logra ser hoy realmente feliz.